

Joe Biden llega con cambios visibles de actitud, contenido y equipo, pero también con la significativa dosis de continuidad que caracteriza a la política exterior de EEUU

¿Qué significa «AMÉRICA IS BACK»??

Pedro Rodríguez

Profesor de Relaciones Internacionales
Universidad Pontificia Comillas

«**A**MÉRICA Primero ha hecho América sola», ha argumentado el presidente electo Joe Biden para defender la necesidad de restaurar el oscurecido liderazgo internacional de Estados Unidos. Tras una sobredosis de nacional-populismo, el nuevo gobierno resultado de las elecciones del 3 de noviembre promete visibles cambios de actitud, contenido y equipo para formular una política exterior basada tanto en el multilateralismo como en equilibrar valores e intereses para volver a ser un aliado fiable.

Sin embargo, todas estas aspiraciones chocan con algunas de las peculiaridades que caracterizan el papel que Estados Unidos juega en el mundo, desde el alto grado de continuismo en una diplomacia comparada con un gigantesco portaaviones incapaz de virar de inmediato, hasta la desproporcionada influencia de intereses locales y particulares en la formulación y ejecución de la política exterior estadounidense. Cuando Biden tome posesión a las doce de la mañana del próximo 20 de enero se enfrentará a una larga lista de crisis globales, muchas de ellas complicadas por la gestión de la Administración Trump, desde la creciente amenaza que supone el cambio climático hasta la mayor amenaza sanitaria sufrida en un siglo.

En los últimos cuatro años, Washington no ha hecho más que distanciarse de sus tradicionales aliados mientras que China ha aprovechado la ocasión para revalidarse. Las consecuencias del 11-S siguen pesando, mientras que países como Irán y Corea del Norte siguen avanzando en la proliferación de armas de destrucción masiva. Unos niveles de incertidumbre internacional posiblemente no registrados desde 1945.

EUROPA

La Administración Trump representa una desviación significativa de la política de EEUU hacia Europa basada en el respaldo al proceso de integración que representa la Unión Europea y el vínculo transatlántico de defensa que supone la OTAN. Es de esperar que la hostilidad, cuestionamiento y divergencias de los últimos cuatro años se convier-

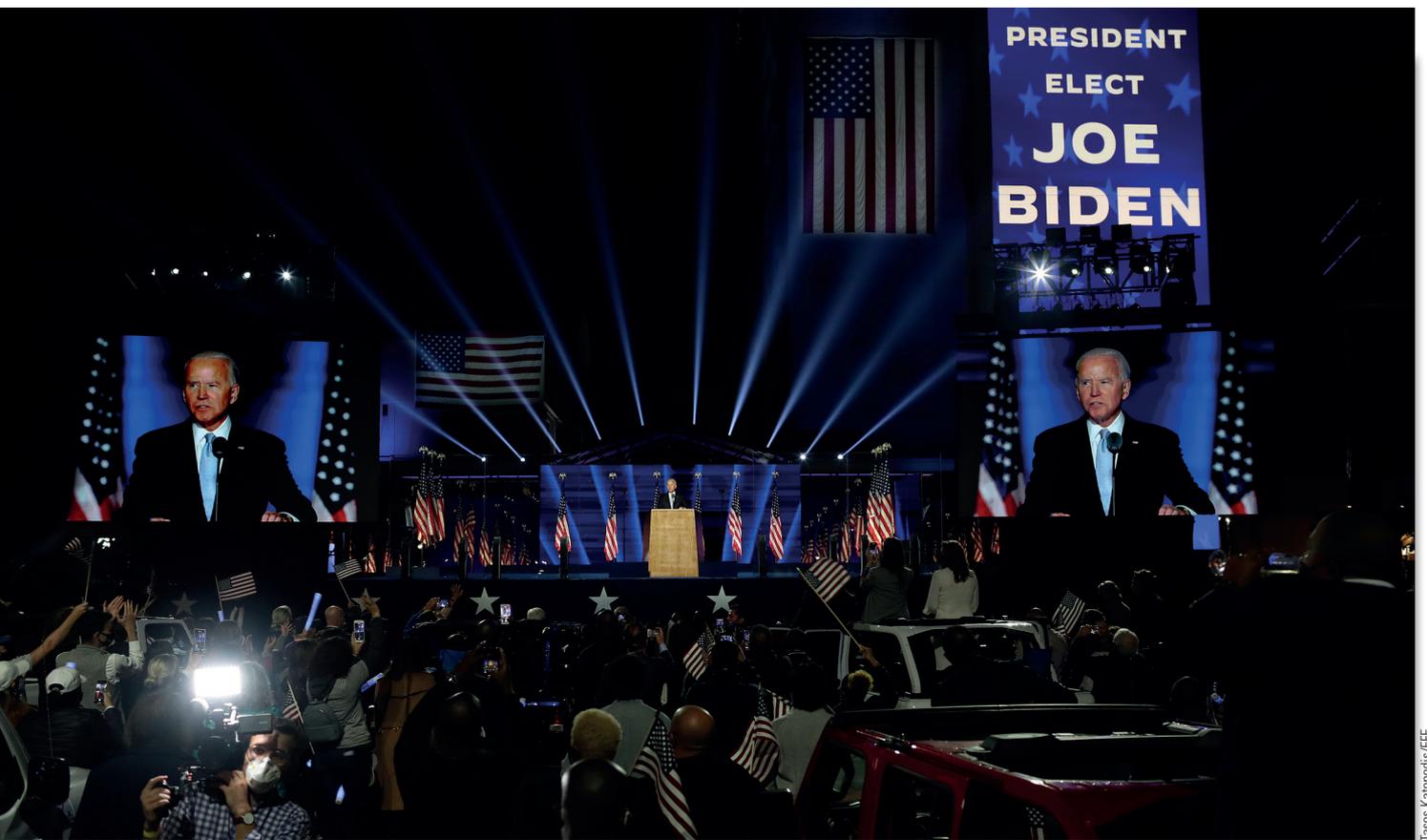
tan en una de las correcciones más significativas por parte de la nueva Administración Biden, aunque desde Bruselas se anticipan divergencias en temas como la protección de datos, fiscalidad digital, el poder de las grandes tecnológicas o incluso relaciones comerciales.

En contraste con el respaldo activo del presidente Trump hacia las múltiples declinaciones del populismo europeo, Biden llega a la Casa Blanca habiéndose declarado públicamente opositor al *Brexit*. El presidente electo considera la salida del Reino Unido de la Unión Europea como un proceso irreversible pero consensuado, empezando por lo acordado con respecto a la frontera de Irlanda (tema especialmente sensible para Biden que comparte origen irlandés con los Kennedy). Ante la expectativa de un mayor respaldo a la Alianza Atlántica, se anticipa que la Administración Biden mantenga con mejores formas la necesidad de un reparto equitativo de la carga presupuestaria en defensa. Al mismo tiempo se espera que el nuevo gobierno de EEUU despliegue una política mucho más firme contra las trasgresiones de Rusia, lo que implicaría multiplicar el coste real de la actitud de Vladimir Putin, quien según Biden lidera un «sistema autoritario cleptocrático». Con todo, la búsqueda de un entendimiento con Moscú es también una tarea muy urgente para la nueva Casa Blanca por mantener el Tratado de Reducción de Armas Estratégicas (*New START*) antes de que expire el próximo 5 de febrero.

CHINA

De todos los frentes abiertos, la rivalidad con China acapara las mayores expectativas de continuidad. Tal y como ha indicado uno de los asesores de Biden al periódico *Financial Times*, el orden de prelación de prioridades internacionales para la nueva Casa Blanca es «China. China. China. Rusia». En este sentido, los internacionalistas del Partido Demócrata han terminado por asumir que China es el principal problema global para la diplomacia americana: desde sus abusivas prácticas comerciales a su autoritarismo *high-tech*.

Queda por determinar los porcentajes de cooperación, competición y confrontación que asumirá la Administración Biden, que ya



Tasos Katopodis/EFE

ha adelantado que no respalda la idea de una nueva Guerra Fría. Esto no significa renovada firmeza en materia comercial, sobre todo en lo relacionado con inversiones y tecnología. De igual manera, se espera una reforzada presencia militar de Estados Unidos en el vecindario de China.

Además de una mayor coherencia que la demostrada por Trump en la política americana hacia China, también se espera una mayor coordinación con los aliados europeos que durante estos últimos años han empezado a desconfiar de Beijing. Por parte de Washington también se aspira a conseguir un esfuerzo de cooperación con aliados regionales como Corea del Sur, Japón, Indonesia o incluso Australia, junto a una mayor presión sobre el régimen de Beijing en cuestiones como la represión de los musulmanes de Xinjiang y de Hong Kong.

En cuanto a Corea del Norte, el cambio de gobierno en EEUU supondrá un retorno a las prácticas diplomáticas tradicionales con respecto a Pyongyang a pesar de su falta de resultados. Esto supondrá el final de cumbres sin condiciones y volver a ceder el protagonismo a negociaciones técnicas.

ORIENTE MEDIO

El presidente electo Biden se ha comprometido a resucitar el pacto nuclear con Irán abandonado por la Administración Trump. La gran condición es que Teherán vuelva a cumplir con todas las limitaciones estipuladas en 2015 para controlar (no dismantelar) las ambiciones nucleares de la república islámica. Dentro del binomio chiíes *versus* suníes que domina toda la geopolítica en la región, Biden también ha indicado la necesidad de resetear las relaciones con Arabia Saudí, país con el que existen cada vez menos intereses compartidos y mayores diferencias en valores. Aunque la Administración Biden tenga sus prioridades en otras partes del mundo, se anticipa que el nuevo gobierno americano asuma un papel más constructivo en la región, lo que implica abordar cuestiones tan complicadas como el papel desestabilizador que juega Irán en su vecindario o la rivalidad entre Rusia y Turquía. Sin embargo, no existen dudas sobre el objetivo de terminar

con las «guerras sin final» desencadenadas tras el 11-S. Con respecto a Irán, el tiempo no juega a favor de Biden ya que la república islámica celebrará elecciones presidenciales en junio, con el riesgo de que Teherán adopte una posición todavía más intransigente.

Dentro de este cambio de rumbo, pese al firme compromiso de EEUU con Israel y que el próximo ocupante de la Casa Blanca se ha declarado sionista, todo apunta a que la Administración Biden cancelará el cheque en blanco otorgado por el presidente Trump al primer ministro Netanyahu. Esto supondrá desde cuestionar nuevos asentamientos en territorios ocupados a no presionar por la solución de «dos estados» por considerar que no existen las condiciones necesarias en el conflicto palestino-israelí.

CAMBIO CLIMÁTICO

Biden ha prometido que una de sus primeras acciones como presidente será volver al Acuerdo de París sobre Cambio Climático. De hecho, la intención del nuevo gobierno americano es incluir la crisis climática como clave fundamental de su política exterior, de su seguridad nacional y del comercio internacional. El objetivo de su *Green New Deal* es llegar a cero emisiones para el 2050 e incluso convertir a EEUU en exportador de energía limpia. De hecho, la nueva Administración Biden aspira a que todos los grandes países contaminantes, incluida China, asuman límites de emisiones transparentes y obligatorias. En este sentido y como legado de la política de entendimiento puntual iniciada por Obama, se esperan también renovados esfuerzos para aprovechar potenciales áreas de acuerdo con Pekín.

Volver al Acuerdo de París de 2015 será un cambio fundamental con respecto al negacionismo climático de Trump. El pacto liderado por la Administración Obama estableció el objetivo de limitar el calentamiento durante este siglo a dos grados centígrados por encima de los niveles preindustriales, con la aspiración de no superar los 1,5 grados centígrados. En virtud del acuerdo, EEUU se comprometió a reducir sus emisiones contaminantes entre un 13 y un 15 por 100 por debajo de los niveles de 2005 para el año 2025. ■